

## Martes

Todos somos desierto. Hoy ha llovido durante horas después de meses de sequía; hoy una nube nos envuelve; hoy ha desaparecido la línea que la sierra madrileña traza entre el cielo y nosotros. Hoy lo he sentido.

La voz del profesor llena el aula como siempre, pero en sus manos ya no hay tizas sino mandos a distancia. Estudié en el centro de Madrid sin horizontes, ni desiertos, ni nubes, pero con la cálida madera de un edificio vetusto. Tenía la edad de mis compañeros de clase y un futuro infinito.

La voz del profesor remarca la importancia de minimizar el error tipo alfa: “sería como condenar a un inocente”, pero no necesito esta insistencia. Lo comprendí anoche, definitivamente, en el semblante de un ciudadano español encerrado durante más de un año en Italia. ¡Era inocente!, fue víctima de una suplantación de identidad por parte de un mafioso uruguayo. Tenía el rostro quebrado por la tristeza, y la sonrisa, que ofrecía a las cámaras de televisión, no conseguía recomponerlo.

Mi mirada busca el horizonte oculto. La vuelta a la disciplina del estudio convierte el pasado en un punto que regresa, como si el tiempo se plegara sobre sí mismo. Me pregunto qué huella han dejado estos veinticinco años en mí. Y encuentro una respuesta en la actitud de mis jóvenes compañeros que, cuando me miran, veo que no me ven. Llueve, ¿conseguiré esta nube que nos arropa desleír nuestra esencia de desierto?.

martes, 10 de abril de 2012